



“Í como Ícaro”

Lic. y PPA Nicolás G. Machín

Muchas veces la leyenda antecede todo registro que uno crea conocer, muchos reconocen los mitos como fábulas, diseñadas para entretener a la plebe o a los reyes. Otros, las interpretan con el fin de obtener las interpretaciones más variadas. Gran parte de la propuesta de Ícaro se relaciona a la búsqueda de interpretaciones alternativas vs. la rigidez planteada en encontrar sola forma para resolver un problema o en adoptar una postura totalitaria, ya que consideramos que esto atenta contra la seguridad en vuelo, limitando el espíritu creativo, la posibilidad de un sólido desarrollo intra e interpersonal y degrada el bienestar y salud del ser humano. Desde nuestra perspectiva, Ícaro fue uno de los precursores de la actividad de vuelo, demarcando cuales son los límites de esta actividad y la importancia del respeto por las normas que hacen a la seguridad del vuelo, él nos recuerda de la importancia de aprender de nuestros errores y de adoptar una visión sistémica, global y objetiva en el análisis de conductas y situaciones, dejando de lado el prejuicio, la visión subjetiva como única verdad por sobre la objetiva y la búsqueda de culpables por sobre la búsqueda de prevención a futuro. Como alguna vez me dijo un instructor de vuelo: “de los accidentes aprendemos a mejorar como pilotos y como personas”. A todos aquellos que lean estas palabras les dejo un resumen de este hermoso mito.

“Dédalo era el arquitecto, artesano e inventor muy hábil que vivía en Atenas. Aprendió su arte de la misma diosa Atenea. Era famoso por construir el laberinto de Creta e inventar naves que navegaban bajo el mar. Se casó con una mujer de Creta, Ariadna y tuvo dos hijos llamados Ícaro y Yápige.

Su sobrino Talos era su discípulo, gozaba del don de la creación, era la clase de hijo con que Dédalo soñaba. Pero pronto resultó más inteligente que el mismo Dédalo, porque con solo doce años de edad invento la sierra, inspirándose en la espina de los peces; sintió mucha envidia de él tras compararlo con su hijo.

Una noche subieron el tejado y desde allí; divisando Atenas, veían las aves e imaginaban distintos mecanismos para volar. Ícaro se marchó cansado, y después de engañar Dédalo a Talos, lo mató empujándole desde lo alto del tejado de la Acrópolis. Al darse cuenta del gran error que había cometido, para evitar ser castigado por los atenienses, huyeron a la isla de Creta, donde el rey Minos los recibió muy amistosamente y les encargaron muchos trabajos.



El rey Minos, que había ofendido al rey Poseidón, recibió como venganza que la reina Pasifae, su esposa, se enamorara de un toro. Fruto de este amor nació el Minotauro, un monstruo mitad hombre y mitad toro.

Durante la estancia de Dédalo e Ícaro en Creta, el rey Minos les reveló que tenía que encerrar al Minotauro. Para encerrarlo, Minos ordenó a Dédalo construir un laberinto formado por muchísimos pasadizos dispuestos de una forma tan complicada que era imposible encontrar la salida. Pero Minos, para que nadie supiera como salir de él, encerró también a Dédalo y a su hijo Ícaro.

Estuvieron allí encerrados durante mucho tiempo. Desesperados por salir, se le ocurrió a Dédalo la idea de fabricar unas alas, con plumas de pájaros y cera de abejas, con las que podrían escapar volando del laberinto de Creta.

Antes de salir, Dédalo le advirtió a su hijo Ícaro que no volara demasiado alto, porque si se acercaba al Sol, la cera de sus alas se derretiría y tampoco demasiado bajo porque las alas se les mojarían, y se harían demasiado pesadas para poder volar.

Empezaron el viaje y al principio Ícaro obedeció sus consejos, volaba al lado suyo, pero después empezó a volar cada vez más alto y olvidándose de los consejos de su padre, se acercó tanto al Sol que se derritió la cera que sujetaba las plumas de sus alas, cayó al mar y se ahogó. Dédalo recogió a su hijo y lo enterró en una pequeña isla que más tarde recibió el nombre de Icaria”.